



## La Negra Ester en París

POR Salvador Benadava

Los últimos acordes de la canción nacional y el público - constituido por chilenos latinoamericanos y franceses - irrumpen en aplausos entusiastas. Aplausos de aprobación, pero sobre todo, de agraciamiento, destinados a un grupo de jóvenes que, durante más de dos horas, nos brindaron la oportunidad de reír, de emocionarnos, de rememorar viejas canciones, de "participar" al ritual de la chilenidad. Cosa rara: la barrera del idioma, la abundancia de mensajes sibilinos, la fuerte carga connotativa de la obra, no impide que los franceses aplaudan con el mismo brio que los demás. Quizás por razones diversas, porque, menos concentrados en los aspectos verbales y referenciales, fijan su atención y aprecian más finamente el ritmo sostenido de la obra, sus efectos circenses, la gestualidad, la música y, sobre todo, la arquitectura, el arte con que se estructuran los diversos elementos.

Nadie se aburre, todos están contentos - casi eufóricos -, comenzando por los actores, extenuados, transpirando, a la manera de esos atletas triunfantes que, no habiendo escatimado esfuerzos, ven su sacrificio recompensado. El público los llama y los reclama; ellos aparecen, saludan, se eclipsan, vuelven a aparecer... Saludan radiantes, pero en forma modesta. Lo que me hace recordar que, en Chile, la jactancia es el más capital de los pecados capitales.

En París es el comienzo del verano. La representación a que asistí tuvo lugar el día siguiente de la Fiesta de la Música: día consagrado en el que los franceses dan la bienvenida a la nueva estación, en el que jóvenes y menos jóvenes invaden calles y plazas blandiendo entre sus manos, violines, trompetas y contrabajos. El bosque de Vincennes - pulmón - este de la capital - vive los mejores momentos del año y parece regocijado de acoger a nuestros comediantes bajo la carpa rosada del viejo Circo Aladino. ¡Bajo una carpa! Si, bajo una carpa prestigiosa que no cualquiera ocupa y que Andrés Pérez, director de la obra, debe haber obtenido

gracias a su talento, cieramente, pero también a sus vínculos con Ariane Mnouchkine y el complejo teatral de la Cartoucherie de Vincennes.

Para mí todo ocurrió como en un cuento. Abro una mañana *Liberation*, uno de los diarios más leídos del país, y me encuentro con la sorpresa que una página entera está dedicada a "La Negra Ester". Telefoneo de inmediato para reservar mi entrada. Otro lado de la línea una voz me pregunta: ¿Usted es chileno?... ¿De qué parte?... ¿De Rancagua? Pero si yo también soy rancaguino! Se trata de Andrés García Hidalgo, director de producción. En la tarde nos encontramos, nos reconocemos, hablamos de nuestras familias respectivas, convenimos una cita para la semana próxima.

Y la obra?... Para juzgarla mejor, vuelvo al día siguiente. Mis primeras impresiones se confirman. Se trata de una obra teatral en el sentido tradicional del término. ¿En qué reside su valor? ¿Por qué la atención del público no decae en ningún momento? De dónde emana ese sentimiento de regocijo que provoca en los espectadores? ¿Puede hablarse de "arte" en el caso de "La Negra Ester"?

Difícil en los marcos de una crítica, de responder en forma detallada a cada uno de estos planteamientos. Existen, sin embargo, una cuantas "evidencias" que se imponen desde el comienzo y que pueden enunciarse escuetamente. La adhesión del público a la obra deriva, a mi juicio, en gran medida, del papel que el director le asigna. Contrariamente a lo que sucede en otras obras que tienen una existencia autónoma, "La Negra Ester" descansa en toda una red de complicidades entre el texto, los actores y el espectador. Es en ese sentido que hablábamos de "participación". Como en una ceremonia religiosa o en un espectáculo de rock donde lo intelectual es relegado a segundo término, prima la emoción y todos fraternizan.

¿Obra teatral? La respuesta será positiva, si se considera la

existencia de un texto dialogado, de un espacio escénico de personajes encarnados por actores que se enfrentan directamente a un público. Ella será menos afirmativa si se toman en cuenta otros elementos más propios de la comedia musical o del circo y que los personajes no representan seres humanos como los que cruzamos a diario sino esencias de humanidad, estereotipos, bloques psicológicos. ¿Quién va a creer, por ejemplo, que la madre de Violetta y Roberto Parra que es puesta en escena tiene algo que ver con la verdadera madre de estos artistas? De ahí el uso de máscaras o de maquillajes sin contrastes que utilizan la cara como un simple soporte; o el hecho que un mismo actor pueda, sin dificultad, interpretar varios personajes.

¿Obra realista? No es seguro. Por lo que se me ha dicho, muchas prostitutas chilenas se reconocen en las mancebas, las historias y los lugares de la comedia. Pero, a mi juicio, el valor de ella no reside ni en su realismo ni en su verosimilitud (muy relativos, por lo demás, pues hay momentos de franco surrealismo), sino en su concepción y en su construcción; en la forma en que se

Vincennes, Rancagua, 11-III-1989  
Coo (73 558  
2 2

## La Negra Ester en París [artículo] Salvador Benadava.

Libros y documentos

### AUTORÍA

Benadava, Salvador, 1932-

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1989

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

La Negra Ester en París [artículo] Salvador Benadava.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)